

EUGEN DREWERMANN. UNA PRESENTACION Y UNAS RESEÑAS

Bruno Renaud, Dioc.

Desde hace más de veinte años, Eugen Drewermann sumerge al público lector en Alemania con una producción teológica excepcionalmente abundante y provocativa. Los lectores de habla española -sobre todo en América Latina- estamos poco familiarizados con su obra, a pesar de que, desde 1994, la Editorial Herder (Barcelona, España) ha empezado a traducirla a nuestro idioma. Que sepamos, son pocas las revistas accesibles que le han dedicado algún espacio, salvo la Revista *Actualidad Bibliográfica de filosofía y teología* (nº 53 (1990), 59 (1993) y 62 (1994), cada vez bajo la pluma inteligente de J. Boada).

Valga, pues, esta nota bibliográfica para presentar en pocas líneas la personalidad de un autor “adicto al trabajo”, erudito, discutible, muy discutido, incómodo... libre.

Drewermann nació en Westfalia, Alemania, en tiempos de guerra. Es teólogo y psicoterapeuta; sacerdote diocesano, lleva, a pesar del enorme éxito de sus escritos en Europa, una vida casi monacal (sin televisión, sin nevera, sin computadora siquiera, sin carro... “Vive en el tercer piso de una de esas odiosas casas de alquiler, en una calle de mucho tráfico”: *La palabra de salvación* ..., p. 255). Drewermann une sus funciones intelectuales con manifiestas preocupaciones por dar a conocer un evangelio liberador a todos los heridos de la institución eclesíástica y los angustiados de la vida. Las lecturas de Kierkegaard, Dostoyevski, Freud, Jung, Sartre... y los cuentos de hadas, han configurado el perfil de su pensamiento que bien podría resumirse en el lema conocido: “Dios, sí; (esta) Iglesia, no”; fe y moral auténticamente evangélicas, sí; sentimiento de culpa y angustia, no.

Su objetivo: reconciliar experiencia y fe; y para ello, provocar una reforma profunda del concepto y del objeto de la fe. Su primera gran obra fundamental, clave de interpretación de todas las demás, tiene por título: *Las estructuras del mal* (todavía sin traducción al español). Desde la psicología profunda y la historia de las religiones, Drewermann anhela plantar las raíces de la fe en la *experiencia* humana fundamental, en oposición declarada al racionalismo y moralismo que él no se cansa de denunciar en la teología católica actual.

No se puede negar que el objetivo de Drewermann (de ahora en adelante Dr.) sea acertado: denunciar, analizar y conjurar la tremenda carga de angustia existencial fomentada por nuestra cultura y -dice nuestro autor- nutrida por la moral y el catecismo católico.

Para tal efecto, Dr. utiliza el equipaje conceptual de Jung (más que de Freud): quiere revalorizar la densidad de los arquetipos, mitos y símbolos que anidan en el alma humana. Dentro de este proyecto, el dogma eclesial, en vez de seguir sometiendo conciencias e inteligencias, tiene por función útil la de introducir al conocimiento de sí mismo y de los arquetipos humanos. El evangelio de San Marcos, los relatos de la infancia y de la resurrección, y muchos momentos del evangelio, se abren así a lecturas inesperadas e iluminadoras. Además el autor pone al servicio del relato evangélico -pasando siempre por la criba de la psicología profunda- su conocimiento de las religiones antiguas, en especial de las orientales, etruscas y egipcias, para presentación de las cuales evidencia una erudición impresionante. (Pero numerosos críticos le reprochan precisamente la confusión de los géneros y la mala administración o superficialidad de los conocimientos).

A partir de estos proyectos, métodos e instrumentos, Dr. procura renovar la interpretación de la Biblia y de los dogmas cristianos. La obra que nace de tal propósito es impactante y demoledora. Su exégesis no es nada convencional. Al proponerse la reconciliación de teología y psicología, exégesis y ciencia de las religiones, dogma y experiencia, individuo y naturaleza, fe y ciencia, es probable que Dr. favorezca de vez en cuando -otros dirán: siempre- el segundo polo. Pero el objetivo fundamentalmente cristiano del autor y la urgencia real de la tarea emprendida, así como la riqueza sugerente de los resultados, no dejan de hablar a favor del autor. Sin embargo, la Iglesia jerárquica se ha mostrado más sensible al peligro de una gnosis cristiana: por disposiciones vaticanas (y con el acuerdo de su obispo), Dr. se ha visto en la obligación de abandonar (en 1991) la docencia en facultades de teología católicas y, poco después, la de suspender el ejercicio del ministerio sacerdotal.

Dr. sigue escribiendo; no sin un dejo de amargura por la poca amplitud intelectual (es un eufemismo) de quienes lo juzgan y le condenan; pero animado por un público atento a las casi 30.000 páginas publicadas hasta ahora. Su lenguaje no es precisamente el de una teología recatada o autocensurada. “Vigor y ternura”, Dr. une la combatividad del contenido con la poesía o expresividad del relato. En la *Revista Latinoamericana de Teología*, J.M. Castillo subrayaba recientemente la vacuidad de mucha producción teológica y su poco interés para contestar a los problemas de la vida del hombre contemporáneo y de una sociedad triturada. ¿Quién lo negará? La esterilidad de la ciencia teológica, la pérdida de contacto con “la gente” (el pueblo, la masa, la “chusma”), la reticencia tenaz de la teología oficial y su poca permeabilidad de “experiencia” para dar cuenta de la interpretación de la biblia y del dogma, hacen imprescindibles los esfuerzos que, con aciertos e insuficiencias, lleva a cabo el conocido teólogo de Paderborn.

Después de esta breve presentación, reseñamos a continuación tres obras que han llegado a nuestra revista. Empezemos por la primera obra que fue traducida al español, diez años después de su publicación original; seguiremos por uno de los libros de mayor difusión de su autor; concluiremos por el texto más conmovedor escrito hasta ahora por Dr.

1. *Lo esencial es invisible. El Principito de Saint-Exupéry: una interpretación psicoanalítica*. Versión castellana de Xavier Moll, Herder, Barcelona 1994, págs. 182.

Dos partes hay en este librito, que analiza “el cuento más importante de nuestro siglo” (132). La primera es, en cuatro capítulos, un análisis atractivo del personaje del Principito frente a todos los “adultos” de su historia, sean hijos de reyes, vanidosos, bebedores, hombres de negocios, faroleros o geógrafos. “En todos estos mártires del yo, tendría que descubrirse un trocito de su infancia perdida, de la confianza en su reino oculto, un pedazo de ‘Principito’” (46). Pero no, parecen casos perdidos: la tipología de los “adultos... sólo condensa un recuerdo nostálgico de algo destruído demasiado pronto” (47).

La segunda parte, cual escalpelo psicoanalítico, se adentra en el relato verdaderamente autobiográfico de Saint-Exupéry. Dos figuras aparentemente enigmáticas salen de su cáscara. El “misterio de la rosa” expresaría la relación, sumamente ambivalente, del vínculo con la madre, en una tonalidad no tanto edípica como depresiva, cargada de sentimientos de profunda tristeza, de

culpabilidad y arrepentimiento. En cambio, el “misterio de Icaro” sería la contrapartida que explicaría la culpabilidad del Principito -o de su creador-. “Para Saint-Exupéry, volar significa en todas sus acepciones el mundo masculino opuesto al mundo de la madre. El Principito en él, que estuvo en peligro por sentimientos de culpabilidad y otros temores de permanecer para siempre el niño de su madre, se esforzó desesperadamente durante toda su vida en demostrar como ‘aviador’ su independencia y su virilidad” (110).

Fracaso de la reconciliación íntima y relacional. Nietzsche y Sartre vienen como parangones. El parentesco espiritual entre estos tres autores es, dice Dr., manifiesto. “El Principito vuelve a su rosa, mientras que el aviador caído del cielo se eleva de nuevo por los aires: una conclusión que no es una conclusión” (130).

No hay reconciliación, sino contradicción insalvable. Ahora bien, si el propósito de Saint-Exupéry era el de contestar al desastre y superar el nihilismo de nuestro tiempo, aportando una respuesta al problema: ¿qué se puede, qué se debe decir a los hombres?”, habrá que tomar nota de su fracaso: “mandó al niño definitivamente al reino de la utopía y quiso emprender por última vez la lucha en favor de su propia virilidad adulta” (129-131).

Desgarradora dicotomía que termina de explicar Dr. en el último capítulo: en vez de optar entre la “bajada de las madres” y la “subida a las estrellas”, entre “la ciudad en el desierto” y “la Jerusalén celestial”, hubiera sido necesario aceptar amorosamente tanto “el polvo de la tierra”, de donde venimos, como “el aliento divino” que le ha dado forma.

¿Qué queda del Principito, y sobre todo de Saint-Exupéry, después de esta brillante y dramática deconstrucción psicoanalítica? Frente al escepticismo y el infortunio de Saint-Exupéry, Dr. pretende abrir la vía hacia una esperanza activa.

2. *La palabra de salvación y sanación. La fuerza liberadora de la fe.* (Trad.: Claudio Gancho), Herder, Barcelona 1996, págs. 331.

Conforman este libro quince entrevistas -o participaciones en coloquios- frente al gran público de radio o televisión en Alemania, a lo largo de los años '80. Quince temas, tales como: La historia bíblica de la creación y de la caída en el pecado. Una lectura de la Biblia desde la psicología profunda. Teología y psicología. El cantar de los cantares del amor. ¿Retorno a los mitos? Reducción del miedo. La pura racionalidad nos conduce al desierto, y otros.

A pesar de las inevitables repeticiones, el género literario de la entrevista es adecuado para conocer al autor; de tal manera que “la palabra de salvación...” es una introducción excelente y muy asequible a Dr. para cualquier lector interesado

¿De qué salva y sana la palabra? Ante todo, de la angustia fundamental, que es el mal por antonomasia. Del miedo. “De los conflictos y las enfermedades anímicas en el sentido del psicoanálisis” (254). La palabra -ante todo la palabra bíblica, pero también, en cierta medida, la palabra religiosa, o la interpretación psicológica, o el cuento popular- cumple una función terapéutica, porque permite al oyente identificarse con el héroe del relato y sentirse aceptado, animado, amado. No importaría tanto el relato objetivo y su verdad histórica como el resultado subjetivo, la recepción por el corazón que se abre a la audición. “La Biblia, ¿(sería) un libro de sueños?” (253). Lo cierto es que la recibimos no tanto como libro de historia exterior, sino “como si la hubiéramos soñado”, “como palabra que revela simbólicamente lo que es válido para todos los tiempos”. En suma, el fondo objetivo del relato bíblico -y sobre todo, de la prédica dogmática- es de un interés mediano y mediador. Importa ante todo el lenguaje de la sensibilidad, las experiencias, las imágenes, los sueños.

Si bien reconocemos en este discurso algo ya conocido por el programa de desmitologización (Dibelius, Bultmann y otros), no es muy común en la predicación católica. Nada extraño, pues, que se hayan hecho a Dr. los reproches fundamentales: individualismo y deshistorización, gnosticismo. Individualismo: ¿tiene la Palabra un significado objetivo, histórico, más allá de su recepción por el creyente? ¿Y habrá un contenido mayor, social, corporativo, que esperar de la fuerza de la Palabra? Tal vez, a partir de este reproche, pueda entenderse la poca receptividad que Dr. ha encontrado hasta ahora en países como el nuestro. No sólo somos aquí más atentos que en Alemania a los humores autoritarios y a las orientaciones del magisterio, sino que necesitamos también creer en el Jesús de la historia, base concreta de cualquier práctica liberadora. En cuanto al gnosticismo, mucho, ciertamente, se podría glosar al respecto. En la medida en que la Palabra salva sin relación con un Salvador histórico, con un portador concreto del amor divino, ¿acaso no hay materia para constatar la renovación parcial de un error conocido en la Iglesia desde el siglo II?

¿Cómo, finalmente, calificar esta obra? Sugerente. Incómoda. Iluminadora. Discutible. Atractiva. ¡No deja a nadie indiferente!

3. *Giordano Bruno o el espejo del infinito*. (Trad. Claudio Gancho), Herder, Barcelona 1995, págs. 363.

Qué libro más sobrecogedor. Digámoslo de entrada: este texto espléndido, hondamente original, bastaría para dar a conocer a Dr. en cualquier círculo, sea literario, psicoanalítico o teológico. En ninguna de sus obras como en esta novela (auto)biográfica se entrega Dr. con tanta confianza y emoción.

Giordano Bruno, filósofo italiano renacentista, ingresó muy joven a la orden de los Dominicos. Influenciado por Copérnico y por el neoplatonismo -el cual le llegó, en especial, por el cardenal alemán Nicolás de Cues y por los platónicos italianos Marsilio Ficino y otros-, Bruno proponía unas tesis audaces (más que una síntesis filosófica) que implicaba una relación científica y teológicamente nueva entre Dios y la ciencia, entre la trascendencia divina y la obra (eterna) de la creación. ¡Importante transformación de los conceptos! Bruno, que facilitará la obra ulterior de Spinoza y Leibniz, ocupa un sitio de honor en la reflexión inquieta y rebelde que tiene lugar en Europa bajo la influencia de la Reforma y de los comienzos de la ciencia moderna. En estas condiciones, ¿cómo evitar los problemas con la Inquisición? Huyendo por Europa, errante entre Londres, París, Wittemberg, Praga, cae finalmente en manos de la Inquisición de Venecia en 1592. Ocho largos años de cárcel, odiosos maltratos de todo tipo... Bruno saldrá finalmente de las oscuras prisiones romanas para subir, solitario y abandonado, a la hoguera, a comienzos de 1600. Tenía 52 años. Tal fue el drama.

Dr. recrea en imaginación los últimos días de Giordano Bruno y le presta su voz. El combate por la libertad -de pensamiento, de expresión- contra los “maestros” que lo quieren aniquilar. La urgencia (para Bruno, para Drewermann) de gritar lo que le parece vital para su tiempo. La conciencia lúcida de arriesgar la vida, la voluntad de renunciar a las falsas sabidurías e hipócritas prudencias, a lo “eclesiásticamente correcto”... “El espejo del infinito” reta a Bruno. Los diálogos imaginarios con sus jueces -fielmente situados en el contexto filosófico, cultural, eclesiástico-; las fuentes de su pensamiento (en especial el redescubrimiento de la ciencia de los antiguos Egipcios y Etruscos); la defensa de sus tesis sobre la inspiración y la revelación (problema fundamental de toda teología, ayer como hoy); éstas y otras opciones reflejan al teólogo contemporáneo tanto como al audaz filósofo religioso renacentista. “¿Es el mundo finito o infinito? ¿Existe en el universo un único planeta de ese tipo? Habría que pensar que esas preguntas (...) podrían tener respuesta también con la ayuda exclusiva de la razón humana. Pero no

tendría que haber teólogos, si éstos se reducen a ser administradores y mercachifles de misterios (...). Si alguna vez Dios se ha revelado al pensamiento de los hombres de una época determinada, lo lógico es pensar que las revelaciones de Dios consisten esencialmente en los desarrollos del propio pensamiento humano” (189). Esta página -¡y tantas más!- nos proporciona el testamento espiritual, digno de toda reflexión, de un fraile hostigado, vilipendiado, “que pretenden reducir a un silencio de muerte”. Pues la Iglesia “no sólo le perseguirá a lo largo de su vida, acosándolo hasta la muerte, sino que durante siglos y milenios, hasta el último día, lo inculpará, lo insultará y manchará su prestigio. Incluso sus propios informes, sus alegatos de acusación y protocolos los redactará de nuevo, los cambiará, quemará, corregirá y completará, según lo que necesite; porque ella es señora soberana no sólo del futuro, sino también del pasado” (181).

Dolorosa requisitoria. El cálamo ágil del fraile dominico, condenado antes de haber sido realmente escuchado, sirve para un púdico alegato pro-domo. Las confidencias del religioso excluido -Giordano Bruno, Eugen Drewermann- hablan de ternura, de compasión y soledad; de confianza traicionada y nostalgia; de recuerdos y amistades; de rebeldías e indignación frente a la injusticia. Acompañan hondas meditaciones sobre el sufrimiento y la muerte; sobre el abandono de los hombres y la misericordia divina. Vibran de emoción al evocar el amor esperado y la comunión deseada, en triste comparación con el juicio ya organizado y la condena ya pronunciada.

“Dios y el mundo, ¿no son acaso como dos amantes, que se buscan el uno en el otro y sólo se encuentran en el destello de los ojos del otro?” (171). Y finalmente, esta oración verídica del herético Hermano, que casi concluye el texto de Dr.:

“Limpia nuestra alma con un espejo
para acoger en él a ti y tu imagen,
que nuestro amor hable siempre de ti
y nuestro anhelo de ti sea cada vez más hondo” (334).

“Estas cosas se entienden como un espejo finito del Dios infinito” (222). El testamento místico -herético, dijeron- del fraile demasiado moderno, y las palabras conmovedoras del supuesto “hereje” postmoderno, se entrecruzan en un texto extremadamente atractivo y personal para producir un solo trazado... común.

Dr. ha producido obras más austeras y técnicas, obras más bíblicas, exegéticas o psicoanalíticas. Pero en ninguna llega el autor a este grado de

dolorosa identificación con su tema, ni de admirable transparencia literaria. Añadamos que, en tiempos de “retorno de las brujas” o invasión de lo irracional, el personaje fascinante de Giordano Bruno fue un excelente pretexto para la formulación de la pregunta, permanente, sobre el encuentro entre fe y ciencia; entre ciencias exactas y ciencias de la naturaleza; entre teología, racionalidad y religiosidad vagabunda.

Es cierto: simpatía intelectual o comunión eclesial de ninguna manera significan canonización sin examen de tesis o escritos. Quedan los problemas indicados, que no son propios solo al teólogo Drewermann, sino a toda nuestra época. Con condenar -y con premura- no se le pone fin al debate de ideas; menos todavía en el siglo XXI. Es posible que no estemos armados aquí para tomar parte muy activa en esta polémica, la cual, además no pareciera ser de primerísima necesidad teológica para nosotros. Sin embargo, tengamos cuidado: en una aldea de ideas globalizadas, más temprano que tarde estaremos recogiendo los resultados, positivos o menos esperanzadores, de una discusión que no es ni tan exclusivamente intelectual, ni tan excesivamente lejana.